

PRÓLOGO

Hay libros, que no necesitan prólogo; ¿no será este uno de ellos? Sus hermanos de los dos años anteriores no lo han tenido, lo publica la Sociedad de Estudios Vascos, y viene precedido de juicios muy honrosos, que aquellos han merecido de revistas de la especialidad y de centros científicos de una y otra parte de la frontera.

Pero los lectores de un libro son de tres clases.

La de los entendidos y convencidos de que el Folklore es una ciencia, cuando no cae en manos de aficionados a falsificarlo literatamente, hace al prologuista superfluo en un libro de las condiciones, que avaloran al presente.

La de los ingenuos, verdadero objeto y sujeto a la vez del Folklore, requeriría, caso de ser necesario, un prologuista para uso exclusivo suyo, y de no ser así les resultaría frustáneo.

La de los eruditos a la violeta y ratones de biblioteca, medio enterados de lo que es el Folklore (la peor manera de enterarse) y que no consideran intelectualmente valiosa más que su propia estéril misión y la de otros análogos en esterilidad, esa sí que necesita prólogo; pero el prologuista habría de conquistarles pasando revista de autores latinos y

seculares, polvorientos y apolillados, que no nombran a los vascos, o les aplican 24 adjetivos injuriosos, la mitad sinónimos, y disponibles para aplicarlos también a otros pueblos; o les reprochan como señal de brujería que comen manzanas y beben sidra (del fruto de perdición), viven la mayor parte del tiempo al aire libre, se llaman señores y señoras de sus pocilgas (así lo dice el caballere de De L'Ancre), se lanzan alegres a la espuma de las olas, tienen siempre un pie en el aire y la cabeza cerca de la boina, no tienen gusto de ver sombreros en su *bisarrs*, son aficionados a la danza recortada y turbulenta, la que más les atormenta y agite el cuerpo, y la más cansada les parece la más noble y decente; o más recientemente mencionan, desde Francia, como supersticiones vascas trece personas a una mesa, estornudo, vuelco del salero, cuchillos cruzados, grito de lechuza, aullido de perro, afortunado en juego desgraciado en amores, viaje en viernes, barba roja, saludadores, mal de ojo, media noche de S. Juan, echadoras de cartas, etc., etc. (el esprit fort Fr. Michel). Después el prologuista tendría que presentarles a etnógrafos, que consideran características de los vascos la epístola de S. Pablo y la estola, las carracas de las Tinieblas, la bendición del agua y el fuego en Sábado Santo, y que a los adultos se les entierra en caja negra.

Aunque hayan de repetir estos lectores, que toda comparación es odiosa, deberán comprender que, no tratándose de personajes literatos, sino de unos y otros pueblos, todos de personas con cinco dedos en cada mano y todos con pecado original, con teoría de la relatividad o sin ella, es inevitable el tener que comparar. Pero en toda ciencia se ha de comparar lo comparable. Pueblo con pueblo, y no pueblo con hechuras artificiosas de señores del margen.

En un prólogo, destinado a la tercera clase de lectores aludida más arriba, bien será seguir acudiendo para ello a una biblioteca, y nos encontraremos con que en Sicilia se encienden en la agonía 9 velas benditas en honor de S. Miguel, en Berry no se despabila el cirio, en Perigord se dulcifican los dolores con un yugo de bueyes, en los alrededores de Módena se abrevia la agonía de las brujas poniéndoselo bajo la cabeza; en muchos puntos de Francia, Inglaterra, Alemania, Portugal, Noruega, etc., se le quita al moribundo la almohada de plumas para que pueda morir; en Escocia, Irlanda, Checoeslovaquia, etc., se pone al moribundo en el suelo; para que salga el alma se abre, en muchos puntos de Europa, las ventanas, o se quita una teja del tejado, o en Alemania se la vuelve, en Jumièges (Normandía) se invoca a S. Fini (Sanseacabó); en el Palatinado el no morir antes de media noche es señal de que padecerá el alma y los eslovacos creen que quien muere el último día de carnaval va al infierno. En muchos puntos de Francia, Escocia, Alemania, etc., se para el reloj enseguida de la muerte, o se vuelcan las sillas, o se descuelgan los espejos, en Girona no se barre ni lava ni riega la alcoba, y en Tréguier se guardan las barreduras detrás de la puerta para quemarlas después del entierro; es muy general el avisar a las abejas la muerte del amo y en Alemania hasta al trigo. En Francia una mariposa aparecida en el velorio es el alma del difunto. En varios puntos de Francia se pone dentro del ataúd pan o vino, hachas de piedra, guijarros o amuletos, o una moneda. Las lamentaciones como en la Francia mediterránea, se acostumbra también en Italia, Grecia, Carniola, Montenegro, y hace un siglo en Gera (Turingia) las plañideras se arrancaban los pelos postizos y se araña-

ban el estuco de la cara; a lo cual puede añadir el protagonista que, según noticias, en Altafulla (Tarragona) hay también las llamadas «madalenas o lloronas», como en Hinojos y Almonte (Huelva) ayes de todos los parientes con jaculatorias laudatorias y en Mans se pagaron a fines del siglo XIX a las lloronas en un entierro unos 17 francos. En Escocia, hace poco más de un siglo, después del entierro la viuda comenzaba en honor del difunto, un baile con un forastero. Los banquetes fúnebres o mortuorios son conocidos en León, Cataluña, Francia, Alemania, siendo en algunos puntos acompañados de juegos de naipes, cuentos y baile. También se citan en el Folklore alemán el llevar en los últimos oficios al altar mayor un gallo vivo en un cesto, la ofrenda de una vaca a la iglesia en el entierro, y con ocasión del banquete fúnebre hasta se les da de comer a los bueyes o caballos que condujeron el féretro.

Y volviendo ahora la vista otra vez a los lectores del prólogo, veremos entre ellos la tercera clase dividida en grupitos, hijos de una misma deficiencia, con diferentes colores.

Viviendo envueltos en una atmósfera de literatura y mirando al exterior por la ventana del costumbrismo, sin abrir la vidriera de color, hay quienes se hacen la ilusión de que, el describir la manera de ser de un paisanaje con imitaciones extremosas de Arcadia, puede conducir a otra cosa, que a despertar en el ánimo del malicioso vecino la idea de que creemos descender de otro Adán y otra Eva, que no cometieron el pecado original. No llegó a tal extremo Trueba y, sin embargo, provocó la consabida frase de Menéndez Pelayo «honrada poesía vascongada» lanzada al desgaire santanderino. De rechazo algunos espíritus perturbados dan en

acumular sobre el país todo juicio depresivo y toda frase denigrante, cuya grosería intensa no hace más que disimularse con las reglas de una formularia urbanidad. Ni faltan los generalizadores atropellados; unos hallando típico y peculiar lo que en su totalidad no lo es, aunque sí en componentes, que ellos no han sabido apreciar; otros encontrando igualdad con lo de tal o cual otro país donde no hay más que remota semejanza, y sin saber buscar los límites de difusión, ni los rasgos esenciales.

El único remedio a todos estos excesos de intelectuallismo deficiente es el estudio concienzudo del Folklore, sin faramallas, ni pulimentos, ni mondas, ni nebulosidades, con fidelidad y precisión, para lo cual pueden servir de modelo y ejemplo estos Anuarios, verdaderas piedras sillares del edificio de nuestra ciencia en el país.

Barcelona a 2 de Diciembre de 1923.

TELESFORO DE ARANZADI

